DENNIS ÁVILA VARGAS

ESCUELA DE PÁJAROS







Dennis Ávila Vargas

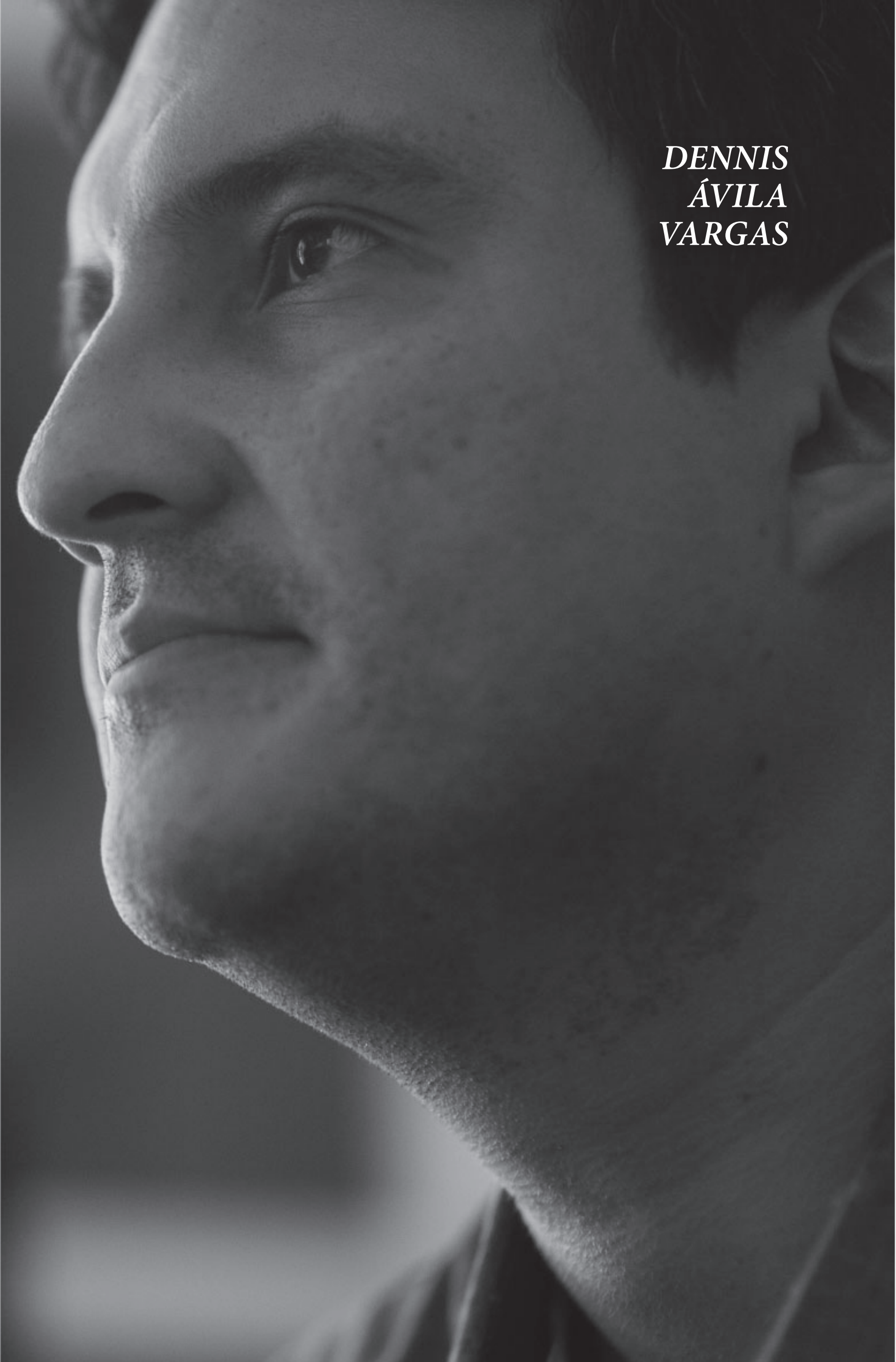
Escuela de pájaros

Antología poética



Colección
Lima Lee




DENNIS
ÁVILA
VARGAS

Dennis Ávila Vargas

Nació en Tegucigalpa, Honduras, en 1981.

Una selección de sus primeros libros de poesía se reúne en la antología *Geometría elemental* (Casa de Poesía, Costa Rica, 2014). En el año 2016, Ediciones Perro Azul (Costa Rica) publicó *La infancia es una película de culto*, reeditado en Editorial La Chifurnia (El Salvador), en Ediciones Trábalis (Puerto Rico) y en Amargord (España). En el año 2017, Amargord publicó *Ropa Americana*, reeditado en Puertabierta Editores (México), y traducido al árabe por el poeta Fakhry Ratrout (Al'aan Ediciones, Jordania, 2019). En el año 2019, Amargord publicó *Historia de la sed*. Su libro, *Los excesos milenarios*, resultó ganador del Premio Internacional de Poesía «Pilar Fernández Labrador» (2020), con sede en Salamanca, España.

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

ESCUELA DE PÁJAROS

(Antología poética)

«Escuela de pájaros» —dijo, convencido, Naín, luego de mencionarle tres opciones para nombrar este conjunto de poemas—. «¡Y quiero cuatro gatos!» —agregó.

Me hizo reír. Sabía que él, a sus cinco años, se refería a verdaderos felinos y no a esa frase que remite a pocas personas.

Sin duda quisiera tener más de cuatro lectores, amado hijo, pero me conformo con uno: el niño que —con el tiempo— podrá acercarse a estos poemas con la certeza de saber que formaron a su padre.

Genética de los hechos

De mi árbol genealógico
conozco
algunas puntas de sus ramas.

Anónimos espíritus
que lo han dado todo,
exactos en sus limitaciones.

Luego de ser minero
mi abuelo paterno
cuidó un colegio por treinta años.

Cuando dormía se convertía en perro
para que los alumnos
no se atrevieran a saltar
el muro que protegía sus exámenes.

El día de su muerte
un brujo bajó de la montaña
y abrió su boca

para tragar los poderes
del hombre
más sencillo del mundo.

La madre de mi padre
murió en mis brazos;
era buena
como sus trenzas blancas.

Una santa cuyo único vicio
fue asistir a los hospitales.

Al morir, durante varios meses,
mis libros amanecieron en el suelo.

Movía muebles, botaba jarrones
y abría el agua
en medio de la noche.

En varias ocasiones
su espíritu
se sentó al lado de mi cama
y me vio dormir.

Vivió con nosotros desde siempre.
Nunca quiso salir de aquella casa.

No conocí a mi otro abuelo;
fue asesinado
en mil novecientos setenta y seis.

Matarlo fue la única forma
de callar su revolución.

Hombre visionario,
fundó la escuela
y el centro de salud en su comunidad.

La autopsia a su Ford
reveló ochenta perforaciones de bala:
solo una le tocó el corazón.

Aunque no pudo abrazarnos,
es el abuelo de treinta y siete nietos,
árbol ancho y grueso
en el que caben todas nuestras sombras.

Mi abuela materna emigró a la capital
con diez hijos
y los educó hasta donde pudo.

Aprendió a vivir de pie
con la fortaleza de una estatua
en el centro de sus huesos.

Sus manos nos bendicen
más allá de las fronteras
por las que algunos hemos avanzado.

Con noventa veranos e inviernos,
su poder es la lucidez.

Heroínas y héroes de mi sangre.
En ellos comenzó mi historia.

La infancia es una película de culto

Converso con el hombre que siempre va conmigo,
sentenció Machado,
y en mi interior camina un niño
que explora los colores del mundo.

Él es el personaje y yo la trama.

En su imaginación veo a los héroes
que soñó en mis pasos.

Mi lluvia baña el campito
que nos robó una constructora;
cierro los ojos
y aún no cae el muro
que nos partió en dos.

Al final de los diluvios,
él recibe un *casting* de arcoíris.

Yo busco los míos
en la programación vacía del televisor.

Un niño
toma prestadas mis palabras.
A cambio recibo su forma de mirar.

Lanzamos una moneda
y nuestra vida
resplandece
detenida en el aire.

Cosecho mis raíces
en sus árboles frutales
y busco en mis paredes
las pinturas que amaron
las niñas de su barrio.

Él abandonó los pinceles
por la poesía.

Yo no lo pude evitar.

Camino y él sufre por nuestra madre:
el miedo
en cada uno de sus pasos,
los días lentos hacia la felicidad.

Se frustra
porque no tiene mi espalda
para echar un hombro
a nuestro padre
por tantas cosas encima.

Sus guerras
fueron peleas
con soldaditos de plástico.

Las mías,
estas manos atadas.

La infancia es una película de culto
y volveremos a ella
toda la vida.

El niño entre las olas

El mar apareció
cuando acabó la carretera.

Arena negra,
viento asfixiado de sal.

Rompíamos las olas
como orugas necias
con las manos llagadas por el agua.

Nos gustaba aquel lugar
que parecía el fin del mundo:
las tardes eran largas
y el sol se perdía
en nuestra ropa abandonada.

Con el tiempo conocimos otros mares
más azules,
más ajenos,
pero este era de bronce
y daba todo por ahogarnos.

Se llama Océano Pacífico
el mar
que comenzó en el sur.

Su recuerdo
insiste
en cegar nuestros ojos.

Los remos

Mi madre rema en esta foto.

Su felicidad la persigue
y no le permite romper
la hermosa sonrisa
que lleva por rostro.

Intacta, sacude sus heridas
como alguien que borra
tras de sí
todos los naufragios.

Lo hace sin pretensiones,
con las agallas
de un barco de papel.

Muestra sus velas
a pesar de las várices del tiempo
y los árboles en llamas
que frenaron sus pájaros.

La veo sonreír:
no parece la mujer que perdió un oído,
la tripulante de hospitales
que derrotó al vértigo
para domar lo humano.

Mi madre se sumerge en ella misma.

Su alegría me ha impactado:
es una niña,
y en el acto
parece dirigir
los columpios del mar.

Los pies en la tierra

Intento imaginar
los primeros zapatos de mi padre.

¿Tuvieron el color que surge
en la corteza de los árboles
cuando va a amanecer?

¿Sus cordones fueron implacables,
como aquellos que amarraron
la leña de las haciendas vecinas,
que él y sus hermanos
ansiaron en los días lluviosos?

La suela, ¿lo suficientemente gruesa
para aplastar espinas?

El tacón, ¿inamovible,
capaz de entender un nuevo equilibrio?

Delgado, sin duda, el camino de sus hilos
en esta dimensión desconocida
por unos pies descalzos.

¿Los tomó de alguna estantería
o salieron del corazón de un zapatero
directo a sus pies?

¿Temió gastarlos, a las cinco de la mañana,
para arrear las vacas
de los señores feudales de su infancia?

¿Los llevó a la escuela en su jornada mixta
o al vender melcochas
antes y después de cada clase?

¿Alcanzó los labios
de alguna muchacha que pudo visitar,
por fin, con los pies limpios?

Siempre me conmovió
la historia no contada
de los zapatos de mi padre.

American Dream

En vacaciones nos pedía estudiar inglés.

Había comprado un curso:
libros y *cassettes* con ejercicios de pronunciación,
gramática
y un diccionario que lo sabía todo.

Yo no pasaba del eterno *Page 1- Lesson 1*
Mi hermano era más perseverante:
en poco tiempo aprendió el verbo *to be*.

Si íbamos a un paseo,
mostraba el vocabulario de las cosas al pasar.

Decía que el inglés y las matemáticas
eran los idiomas del futuro.

El curso todavía existe.
El sueño de mi padre también.

Los niños del Dr. Hell

Trazábamos una circunferencia.

En el centro, como la marca de un compás,
hacíamos el agujero
para meter las canicas
que el vencedor se llevaba a casa.

Los grandes odiaban
que un niño más pequeño ganara;
me echaban tierra en los ojos
y atacaban como cuervos.

De aquella nube de polvo
surgía la respiración de mi hermano,
el gordo más ágil del barrio.

Todavía tengo en mi corazón
su voz diciendo malas palabras.

Amaba su heroísmo:
esa necesidad de salvar mi honor
y el de la familia.

Mis piernas dejaban de temblar
y me lanzaban a la pelea
para justificar mi sangre en la nariz.

Pero de los dos, él era Mazinger Z.

Solo mi hermano pudo derrotar
a los monstruos mejor armados
de nuestra niñez.

Grandes ligas

En el campito jugábamos béisbol
con pelotas de tenis.
Aún había zonas verdes en la ciudad.

Amábamos las tardes sin lluvia,
las tareas a medio hacer,
los bates de aluminio:
su peso más noble que los de madera.

Organizábamos torneos
que interrumpíamos por tormentas,
peleas o ventanas rotas,
cuando jugábamos con pelotas de verdad.

Hasta que un día
nos robaron el campito
para construir más casas.

En nuestro Salón de la Fama
hay un lugar
para aquel terreno baldío.

Reglas del juego

Contaba hasta treinta y todos se escondían.
Había un poste de luz.

Encontraba a los más lentos y pequeños,
por desgracia alguien escapaba,
tocaba el poste
y se disponía a gritar:
¡Liberen a todos mis amigos!

Me regresaba al lugar de inicio.
Volvía a contar.

Al pasar por estas calles,
veinticinco años después,
mis amigos siguen escondidos.

El alma de la fiesta

Los he visto vender sus pertenencias
para salir de la asfixia;
ganar la lotería,
amueblar sus paredes
con pantallas de lujo
y llorar ante la poca vida útil.

Los he visto humillados
por las acciones del Estado;
palpar a sus hijos
—y al futuro—
con preocupación;
caer
en el ojo de un huracán
y en la violencia.

Los he visto salir y regresar.

Todos hemos perdido,
el alma de la fiesta es la distancia.

Frontera

Traigo —en el fondo de mi encuentro—
dos mitades.

Vienen de un lejano verano,
inmersas en su hora necia,
y antiguas
como la edad misma de los acantilados.

Una quiere quedarse;
la otra, solo quiere cumplir un sueño,
para que dos mitades
en un bus, en una calle, en un cuerpo
no tropiecen.

En esta cábala de esperas
seguirán buscándose.
Cada una se quemará por dentro.

Soy mi ciudad. Soy mi país.
Soy un pedazo de tierra.

Traigo en el fondo de mi encuentro
las mitades de un río
que juntas se apedrean.

Impuesto de salida

Las muchachas se preparan
para cruzar la frontera.

Llevan
un hilo de miedo
entre sus piernas.

Las pastillas anticonceptivas
se agotan
en la farmacia del pueblo.

Puente con dos cabezas

Alguien muestra su herida
en Ciudad Juárez.

«Una ayudita para comer,
soy de Honduras».

No miente:
reconozco el acento
de un país desesperado.

Es un muchacho
con soledad, sed y frío.

Resuelvo un instante de sus días,
pero no el desamparo
extendido
en su mano abierta.

Cruzo el puente hacia El Paso.

Un puente que separa
—y une—
dos realidades.

Por él transitan miradas
y contradicciones:
turistas, gente que va y viene
de sus trabajos.

Me detengo en esta red circular.

Abajo, un grupo de migrantes
hace fila con sus sábanas térmicas.

Quiénes serán aceptados,
quiénes seguirán en un limbo;
cosas que el frío no puede responder.

Voy por un puente
que une —y separa— a dos siameses:
no pueden respirar el uno sin el otro.

Breve historia de la sed

Una tortuga rompe su nido de arena.

Como hormiga,
escala el caparazón de sus hermanas
hasta ver la luz.

No lo piensa: huele el mar.

Agita sus patas
como si fueran los remos
de un barco imaginario
que nació en su cuerpo.

Corre en busca de la sal.

Deja huellas bruscas,
navajazos sobre la arena,
alas dando gritos en el aire.

Quiere llegar
a la paz amniótica del agua.

Antes, deberá enfrentarse
a depredadores,
al mal tiempo,
a esas olas que persigue.

No pueden prohibirle el mar.

El juego del pez

El pez que del agua sale
aún de alivio no carece,
que en la muerte que padece
al fin la muerte le vale.
Qué muerte habrá que se
iguale
a mi vivir lastimero,
pues si más vivo más muero?

San Juan de la Cruz

Somos el pez.
Con escamas maltrechas
esquivamos lo sagaz:
la forma de arpón que tienen los días.

Pez contaminado:
la impotencia observa, en cada esquina,
monumental.
Naufragamos como arlequines de arena

antes que inicie la función:
la angustia es un barco varado en la ciudad.

San Juan soñó un rezo
y nos vio en un pez:
dominó de preguntas,
Los dados eternos de Vallejo.

Nos consume un incendio:
el poder es el dilema de la ruina,
la ceniza, un montículo de fuego.

Pasajeros de la incertidumbre,
el poeta de la Cruz abrió su juego:
el pez es la humanidad,
su boca seca en el agua.

Fuego de los días

Avanza la noche
con su mirada de anaconda.

Se traga, de un mordisco, la luz.

Nacen los animales
que no conocen el día
y vuelvo a mis agujas:
los hilos costurados
por la desesperanza,
el sistema
sobre un puente colgante,
la humanidad —de un lado
a otro— buscándose.

Abandono la noche
ahogado de voces.

Y solo, al amanecer, lloro
raíces por mi rostro.

La luz se vuelve próxima al habla.

Desde aquí le pido a mi familia
que cuide el fuego de sus días.

Les pido que coman
y se protejan
para que el frío no escarche mi nido;
que se hidraten
para que no me aplaste la sed.

Cada bocado alimenta
a nuestros ancestros;
cada sorbo ofrendado al agua
para las generaciones futuras.

Cada paso, una latitud.

Escuela de pájaros

Hay dos pájaros
en el cielorraso de mi casa.

Entre ellos y mi angustia
brilla un tragaluz.

Los escucho golpearse
en busca de ventanas que no existen.

Abro una lámina y meto la cabeza.

No son dos cuervos
ni me sacarán los ojos.

Despliego un sendero de pan molido
hacia la ventana.

Su miedo frena al colibrí
que llevan en el pecho.

Hay dos aves en el cielorraso:
cuatro alas que me duelen
como una tormenta de pájaros.

Chamana

Tomo el poema en tus manos,
mi guerrera, mi poeta.

Sos la estrella matutina
que veo, pequeña y poderosa,
en medio de estas ramas.

Juntos, atravesamos la noche
de nuestros países y familias.

Juntos, levantamos la mirada
y compartimos la sed.

A tu lado me siento fuerte.
Crucemos esta noche blanca.

Luces indefensas

Es fácil dejar a un niño
a merced de los pájaros.

Mirarle sin asombro
los ojos de luces indefensas.

Dejarle dando voces entre una multitud.

Roberto Sosa

Un niño
que podría ser mi hijo
me habla de dinosaurios.

Me dice sus nombres,
describe los tamaños;
en su relato
los veo por aire, tierra y mar.

Hace bien: estudia la vida
desde el principio.

Tiene cuatro años
y algo en su mirada
lamenta su extinción.

Dentro de mí
transcurre
un largo minuto de silencio.

Quiero hablarle a su generación.

Decirle que la vida
es una máquina del tiempo.

A su lado
habrá pasajeros
dispuestos a hacer daño:
humanos poco humanos,
piezas que se sueltan
para ocasionar los accidentes.

La vida puede ser una estación,
donde trascienden
voces o dinosaurios.

Y mientras no caiga
el meteorito
sobre nosotros,
todavía es posible
tomar
la justicia en nuestras manos.

Me encantaría llevarlo al mar.

Al agua donde mis padres
me entregaron el sol y la espuma.

Olas que rompí
sin saber que aquel animal grande
podía ser cálido y juguetón,
peligroso y traicionero.

Sería bonito construir
castillos de arena.

No importa que el mar se los lleve.

Junto a Paola
podríamos pintarle un cuarto

con los colores que dicte
su imaginación.

Subirlo a un avión
y conocer, juntos, la nieve.

Abrazar su alegría
en un museo,
frente a los huesos
de un tiranosaurio rex.

Hacer lo mismo
por la niña que escala muebles
como si fueran edificios.

Por los hermanitos rescatados
del fondo de la basura.

Por el bebé de ojos pequeños
y lágrimas grandes.

Veo a estos niños
y pienso en el muchacho
que me extendió su mano

en Ciudad Juárez;
en una voz
bajo los escombros de Siria;
en un latido
que pierde las luces
en el Mediterráneo.

Un niño me abre sus brazos
y me sopla al oído
las alas de un pterodáctilo.

Me gustaría contarle
que a su edad
quise ser un astronauta
y llegué a la poesía.

No estamos lejos.

Se dice que venimos
de las estrellas
y volveremos a ellas.

Sería hermoso despejar el mar,
la tierra y el aire
para sus dinosaurios.

Antes que el tiempo fuera el tiempo,
existieron los niños
y sus manos en la tierra.

Antes que el día llegara a la noche
ya había un sol
que prometía amanecer.

Memoria de la sed

La Tierra es un colibrí:
sus alas se abren al sol
y su pecho cruza,
en picada,
la noche.

Ella no duerme.

Es una madre
que cuida a un hijo enfermo.

Sus animales nocturnos
la escarban
para que amanezca.

Sus océanos la miran
con el ceño fruncido
de arrecife o glaciar.

Sus pájaros
preguntan por ella
al horizonte.

La Tierra es una lágrima
acantilada en el universo.

Por todo lo que siente
ayuno en la memoria de su sed.

Reglas del juego

Contaba hasta treinta y todos se escondían.
Había un poste de luz.

Encontraba a los más lentos y pequeños,
por desgracia alguien escapaba,
tocaba el poste
y se disponía a gritar:
¡Liberen a todos mis amigos!

Me regresaba al lugar de inicio.
Volvía a contar.

Al pasar por estas calles,
veinticinco años después,
mis amigos siguen escondidos.



Colección
Lima Lee

